

# MANUELA SÁENZ Y FLORA TRISTÁN:

## SUJETOS SUBALTERNOS Y NUEVAS FORMAS DE CONSTRUIR LA NACIÓN

**CARMEN LUCÍA JIJÓN**

- Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana, de la UASB-E; Psicóloga, con especialidad en Psicología Clínica por la PUCE.

*Correo electrónico: <cljijon@yahoo.com>.*

### ▪ **Resumen**

Flora Tristán y Manuela Sáenz, dos mujeres que rompieron los moldes de la feminidad decimonónica, fueron relegadas a lugares secundarios en el panteón de la construcción nacional. En este artículo se propone una lectura distinta de estos personajes, que permita su inserción en una “red simbólica nacional”. Se plantea una reconstrucción dialogal de la idea de nación que admita una visión más heterogénea que incluya distintos imaginarios culturales y deconstruya los discursos tradicionales.

- **Palabras clave:** **nación, Flora Tristán, Manuela Sáenz, red simbólica, imaginarios culturales.**

**F**lora Tristán y Manuela Sáenz son dos mujeres en los bordes, en los márgenes de la historia y de la cultura latinoamericanas. Ambas mujeres rompieron el molde subyugante de la feminidad decimonónica, y por esa misma razón, fueron relegadas a las orillas exteriores de la historia oficial de las naciones. Esta historia oficial ha situado al sujeto femenino fuera del panteón nacional como heroínas por su propio derecho, otorgándoles un lugar secundario, como amante incondicional del Libertador, en el caso de Manuela Sáenz, o como fuertes “amazonas” que adoptaron ciertos valores típicamente masculinos, como Flora Tristán; Sáenz nuevamente o Pancha Gamarra, la Generala –personaje notable en la obra de Flora Tristán (2009), *Peregrinaciones de una paria*–. Sin embargo, en el orden simbólico actual, estas dos mujeres tienen mucho más que decir sobre las naciones, los imaginarios culturales construidos alrededor de ellas, y los discursos tradicionales, que posiblemente subviertan –como lo hicieron en su tiempo– todos los órdenes hegemónicos, para la elaboración de una nueva idea de nación.

En el siglo XIX, después de las luchas por la independencia, los recién constituidos Estados estaban en proceso de construir sus naciones<sup>1</sup> debido principalmente a las luchas internas y entre dichos Estados, a las composiciones heterogéneas de las sociedades humanas que los formaron y como una “respuesta concreta a los problemas de identidad y de legitimación del ejercicio del poder” (Pérez 2003, 275-311). Así, las naciones latinoamericanas fueron edificadas por las élites criollas (Langue 2009, 248) y una cultura letrada, sin que cambie la antigua situación colonial. La construcción de estas naciones, comunidades políticas imaginadas, cuyas características serían ser limitadas y soberanas según Anderson (1993, 23), está atravesada por un proceso homogenizador (Sanjinés 2009, 51) que surge desde y en la Modernidad, que construyó modelos de ciudadanos desde la visión patriarcal y elitista imperante. En sociedades constitutivamente heterogéneas, donde “los lazos entre los diferentes sectores sociales y étnicos ha sido siempre de ‘dependencia’” (Sanjinés, 2009: 55), o

donde muchos de los sujetos mantuvieron un Estado subalterno, como los indígenas, los pueblos afrodescendientes o las mujeres, la entrada a los panteones nacionales –que estuvieron y aún están contruidos por héroes que resaltan ciertas características de clase y de género– les estaba vetada. Las naciones fueron contruidas desde los poderes dominantes, donde los discursos de la época mantenían a las mujeres, incluso de las élites criollas, lejos de la esfera de la escritura, de la política y de la participación pública.

Sin embargo, afloran figuras como Manuela Sáenz y Flora Tristán, que pertenecían a una cultura letrada y a una élite social, lo cual les permitió convivir desde muy jóvenes con ideas revolucionarias y prácticas liberales, a diferencia de otras mujeres de su época. Para participar intelectual y activamente en un campo usualmente dominado por los hombres, ellas supieron cuestionar y adaptar las subordinaciones que les fueron impuestas. En una sociedad polarizada (en género y etnia), donde regía una rígida jerarquía que imponía a las mujeres una represión tanto a nivel discursivo como de sus cuerpos, tanto en las actitudes domésticas como en las sexuales, Tristán y Sáenz demostraron independencia, inteligencia y recursividad. Sin embargo, estas prácticas las llevaron al exilio y a vivir en la intemperie como desheredadas de los bienes como de la historia y del reconocimiento oficiales, ante la imposibilidad de insertarse en la “red simbólica nacional” (Ramos 2000, 185-207).

El caso de Manuela Sáenz destaca porque ella decidió ir en contra de todas las convenciones sociales imperantes de su época y asumir una postura política que comenzó antes y duró tiempo después de su relación con Simón Bolívar. Su militancia inicia cuando participa activamente en la independencia del Perú, como lo resalta María Lander:

No obstante, dos hechos bastan para probar el evidente interés que tuvo en la lucha política. El primero [...], fue recibir la banda de seda que la ordenó como “Caballera del Sol” de manos de José de San Martín en reconocimiento a su destacada actuación en apoyo a la independencia del Perú. El segundo fue que,

1. “En el caso de los Andes, se vivió la construcción de Estados que precedieron a la auténtica organización de la nación” (Favre en Sanjinés 2009, 70).

dada su lealtad al gobierno republicano, Simón Bolívar la nombró salvaguarda oficial de sus archivos. Manuela fue la única mujer que se ganó el aprecio intelectual de Bolívar hasta el punto de llegar a ser miembro activo del círculo más íntimo de sus colaboradores. (2011, 166)

Además, fue una mujer comprometida con sus ideales, manteniendo su interés y acción políticas desde el exilio, como lo demuestran algunas de sus cartas a Flores (Chambers 2003, 315-354). Lastimosamente la memoria oficial situó a Sáenz en el lugar de la amante del Libertador, llamándola su Libertadora, y reduciendo su vida a un capítulo. Y, si bien en la memoria oficial –recogida en relatos y productos culturales a lo largo de los siglos XX y XXI– aún conserva esa imagen de amante abnegada más que de política, militante y activista; este renovado interés por situar a Sáenz en el panteón nacional, al lado de figuras como Bolívar o Sucre, mantienen una discursividad tradicional, insertando a una mujer como cuña dentro de dicho relato, más que como agente política. Hay solo que recordar que, tanto su expulsión oficial de la Nueva Granada en 1834 y como la del Ecuador en 1835, dan cuenta, según Lander, de “la certeza compartida por la clase dirigente de que Manuela, aún después de la muerte de Bolívar, era un sujeto político de temer” (2011, 167). Certeza que parece haberse diluido con el tiempo, según lo evidencian los productos culturales analizados por Lander.

Por otro lado, Flora Tristán destaca por su arrojo, iconoclasia y militancia. Este personaje le resulta a la historia más complejo aún, debido a dos condiciones: la primera, la percepción de extranjería –debido a que nació en París y era hija de una francesa y un peruano criollo exiliado– y la segunda, su expresión como literata. Ambas características la sitúan en un límite que no es el de los héroes nacionales, tampoco el de los letrados de América y, sin embargo, funge ambos roles, al encarnar la crítica en sus obras, la paría que se atrevió a cuestionar las legitimidades y recoger relatos paralelos, quien no silenció su voz, sino que esta se convirtió en la representante de la profunda incongruencia del incipiente Perú. Si bien su vida está teñida de heroísmos (sus luchas a favor de los trabajadores,

su arrojo como escritora, su defensa de los desvalidos), parece que es una figura que siempre está por fuera de la historia latinoamericana, un afuera lingüístico, genealógico y de género. Como mujer debió respetar ciertos cánones de la feminidad decimonónica, pero ella no aceptó las imposiciones de un marido perseguidor, tampoco se resignó a sufrir en silencio cuando no tuvo acceso a su herencia, sino que transformó su experiencia en un símbolo de estatus letrado, y por último no se conformó con mirar las injusticias sociales, sino que las combatió donde estuvo (principalmente Francia e Inglaterra). No obstante, muestra una ambivalencia frente a la figura patriarcal debido a la necesidad de reconocimiento (Ramos 2000, 201). Tristán como huérfana buscó un padre, una familia, un nombre y ninguno le fue dado. Comenta Julio Ramos:

La propia Tristán, expulsada de las redes de la identificación paterna, encuentra en la literatura un modo alternativo de constituir y legitimar su nombre precisamente mediante la narración de esos relatos de vidas extraordinarias, fugitiva, agentes de pequeños o dramáticos cambios, sujetos, en fin, del acontecimiento que interrumpe los ritmos adecuados de la subjetivación. Con sus voces –en respuesta a la fuerza de sus miradas– funda la literatura esos otros legados que sostienen a su vez la autoridad de saberes e instituciones emergentes. (2000, 207)

Sin embargo, esta búsqueda la condujo a resaltar otras similares, de mujeres en los márgenes, como ella, tales como la de Pancha Gamarra, quien también murió en el exilio o la de la monja Dominga del convento de Santa Rosa en Arequipa. Así, dice Ramos “las *Peregrinaciones...* son tanto una crítica de los principios de exclusión que regulan la herencia y los derechos de la filiación patriarcal, como la propuesta afiliativa de un legado alternativo, inseparable aquí del ejercicio y los operativos de la escritura literaria” (2000, 203).

Las mujeres como sujetos subalternizados,<sup>2</sup> construidos como tales desde un discurso hegemónico y patriarcal, cuestionado por los discursos feministas, destacan su posición a veces jugando con dicho discurso para subvertirlo y a veces lo enfrentan directamente. Tanto Sáenz como Tristán criticaban el orden patriarcal, aun-

2. Que fue supeditado por el poder hegemónico, pero no es necesariamente una minoría o un grupo inferior.

que es posible que hayan buscado reconocimiento en él (Ramos 2000, 201). Hoy en día, ese orden dificulta una lectura y resignificación de la actuación de ambas mujeres en la memoria y la historia nacionales. Desde la propuesta de Gayatri Spivak (Sanjinés 2009, 89-90) se puede considerar que estos grupos subalternos, estas “formaciones sociales reales que se resisten a ser encasilladas” (Sanjinés 2009, 83) no desean ya ser representados dentro de los discursos oficiales, sino que buscan “llevar la contra”, para destejear cualquier “intento de la cultura y del conocimiento dominantes que pretenda restablecer su autoridad sobre el todo social”, convirtiéndose en el “límite absoluto impuesto a cualquier narrativa que construya lo nacional”; rechazando así la totalización y volviendo patente la imposibilidad de una comunidad, imaginada o no, de la nación. El presente exige que figuras femeninas como Tristán o Sáenz no sean asumidas al panteón nacional como otro de sus letrados o de sus héroes, sino como las voces subversivas de los órdenes simbólicos existentes, para deconstruir dicho panteón y repensar, en pleno siglo XXI, qué es la nación y qué lugar tienen y pueden tener los actores sociales usualmente minoritarios y minorizados por el poder tradicional, en una construcción no homogénea, pero sí dialogal.

Ramos, Julio. 2000. “Genealogías de la moral latinoamericanista: el cuerpo y la deuda de Flora Tristán”. En Mabel Moraña, editora, *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina. El desafío de los estudios culturales*. Santiago: Cuarto Propio.

Sanjinés C., Javier. 2009. *Rescaldos del pasado. Conflictos culturales en sociedades poscoloniales*. La Paz: Fundación PIEB.

Tristán, Flora. 2003. *Peregrinaciones de una paria*. Bogotá: Villegas.

## Referencias bibliográficas

---

Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.

Chambers, Sarah. 2003. “Amistades republicanas. La correspondencia de Manuela Sáenz en el exilio, 1835-1856”. En Scarlett O’Phelan Godoy, coordinadora, *Familia y vida cotidiana en América Latina: siglos XVIII-XX*: 315-354. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero.

Lander, María F. 2011. “La encrucijada de Manuela Sáenz en el imaginario cultural latinoamericano del siglo XXI”. En *Araucaria: Revista iberoamericana de filosofía, política y humanidades* 13, No. 25.

Langue, Frédérique. 2009. “La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico”. En *Anuario de Estudios Americanos* 66, 2. Sevilla.

Pérez Vejo, Tomás. 2003. “La construcción de las naciones como problema historiográfico: El caso del mundo hispánico”. En *Historia Mexicana* LIII, 2: 275-311.